

te mil. Con estas declaraciones solo se consigue un objeto, disminuir nuestro crédito en Europa haciendo creer que en nada estriba, y debilitar nuestro resorte moral aumentando el del enemigo. Vuelvo á decir que en la guerra, la moral y la opinion entran en mas de la mitad de la realidad. La habilidad de los grandes capitanes ha consistido siempre en publicar y hacer que aparezcan á los ojos del enemigo sus tropas como numerosísimas, y á los ojos de su propio ejército el enemigo como muy inferior. Esta es la primera vez que se vé un gefe deprimir sus medios mas allá de la verdad, ensalzando los del enemigo.

«El soldado no juzga, pero los militares dotados de criterio, cuya opinion es digna de estima y que juzgan con conocimiento de causa, fijan muy poco la atencion en las órdenes del dia y proclamas, y saben apreciar los sucesos.

«Creo que en lo sucesivo no se volverán á cometer semejantes inadvertencias, y que por ningun pretexto se redactará orden del dia ni alocucion que tienda á dar á conocer el número de tropas de mis ejércitos. Tambien creo se adoptarán medidas directas é indirectas para dar la opinion mas elevada de su fuerza. En España tengo en consistencia, valor y número, dobles, triples tropas que en parte alguna. Cuando vencí en Eckmühl al ejército austriaco, éramos uno contra cinco, y sin embargo, mis soldados creian que por lo menos eran iguales: aun hoy mismo, á pesar del largo tiempo que ha trascurrido desde que estamos en Alemania, no conoce el enemigo nuestra verdadera fuerza. Cada dia procuramos hacernos mas numerosos, y lejos de confesar que no tenia en

Wagram sino cien mil hombres, me dedico á persuadir eran doscientos veinte mil (1).

«En mis campañas de Italia, donde tenia un puñado de gente, constantemente exageré mis fuerzas, lo cual me sirvió para mis proyectos y no disminuyó mi gloria. Mis generales y los militares instruidos sabian muy bien, despues de los acontecimientos, reconocer todo el mérito de las operaciones, hasta el de haber exagerado el número de mis tropas. Con vanas consideraciones, con orgullo mezquino y con pasioncillas, jamás se hace ninguna cosa grande.

«Espero, pues, no volverán á renovarse en mis ejércitos de España esas faltas tan enormes y perjudiciales para mis armas é intereses.

NAPOLÉON.»

(1) Preciso es observar que Napoleon pone aqui el ejemplo al lado del precepto, pues no dice la verdad sobre la estension de sus fuerzas en Wagram. Con el deseo de probar á su hermano y á sus lugartenientes que tenia mucho con poco, mientras ellos hacian con poco mucho, se da cincuenta mil hombres menos de los que realmente tuvo en Wagram. Efectivamente, existe una carta suya al mayor general, muy sincera, en la que discutiendo las fuerzas que podria reunir para la última batalla las calcula en ciento sesenta mil hombres. Por lo demás, esto era una ilusion, pues sus mismas libretas prueban no pudo reunir sino ciento cincuenta mil, lo cual no obstante, es muy superior á los cien mil hombres que se da aqui. Esto demuestra mas y mas lo difícil que es ponerse en la verdad aun cuando se trabaje con los materiales mas verídicos, y los esfuerzos que la critica tiene que hacer para lograrlo, ó para acercarse á ella.

CARTAS DE SIR ARTURO WELLESLEY.

Al mayor general O'Donaju.

TALavera, 31 de julio de 1809.

«Tened la bondad de dar prisa á S. E. el general Cuesta para que destaque esta noche hácia el Puerto de Baños una division de su infantería con cañones, y un oficial experimentado y hábil en que pueda descansar para ese mando.

«Si el enemigo lograra avanzar por en medio del Puerto de Baños, no puedo disimularos seria sumamente crítica la posicion de nuestros ejércitos.

«Solo hay un medio de evitarlo, además del de oponerse al paso, cual es apresurar todo lo posible la marcha del general Venegas hácia Madrid por una línea tan distinta y lejana como se pueda de la adoptada por los ejércitos combinados. Esto obligará al enemigo á sacar un destacamento de su cuerpo principal para oponerlo á Venegas, y quedará tan debilitado dicho cuerpo que podremos atacarlo sin desventaja, ó si, esta medida nos parece mejor, nuestros ejércitos combinados podrán destacar un cuerpo suficiente para batir al ejército que se cree en marcha á través de los montes de Plasencia.

A. WELLESLEY.

Al honorable J. H. Frere.

TALavera, 31 de julio de 1809.

«He recibido una carta de don Martin de Garay, á quien os ruego trasladeis las observaciones siguientes:

«Le agradeceré en estremo comprenda no estoy autorizado á sostener correspondencia con ninguno de los ministros españoles, y le ruego me envíe por vuestro conducto las órdenes que pueda tener para mí. De este modo evitaré, estoy convencido de ello, las manifestaciones injuriosas y sin fundamento que don Martin de Garay no me ha ahorrado.

«En la situación en que don Martin de Garay se halla, le es fácil á un caballero instalarse en su gabinete y escribir sus ideas sobre la gloria que resultaría de rechazar á los franceses hasta mas allá de los Pirineos. Creo no habrá nadie en España que para conseguir este resultado haya corrido tantos riesgos y haya hecho tantos sacrificios como yo; pero desearia que don Martin de Garay, y los caballeros que componen la junta, antes de criticarme porque no hago mas, ó de imputarme anticipadamente las consecuencias probables de las faltas é indiscreciones de los demas, tuviesen á bien venir aquí ó enviar alguien que provea las necesidades de nuestro ejército, el cual se muere de hambre, y aunque se ha batido durante dos dias, derrotando á un enemigo doble en número (y esto en servicio de España), no tiene pan que comer.

«Es un hecho positivo que en los siete dias últimos no ha recibido el ejército inglés una tercera parte de sus provisiones; que en este momento hay cuatro mil soldados heridos que se mueren en el hospital de esta poblacion por no cuidarlos y por falta de los objetos necesarios que cualquier otro pais del mundo hubiera suministrado hasta á sus enemigos; y que no puedo sacar ninguna especie de auxilio. Ni siquiera consigo se entierren los cadáveres en las cercanías, y sus exhalaciones destruirán á los españoles lo mismo que á nosotros.

«Estoy decidido á no moverme mientras no se me surta de provisiones y de medios suficientes de trasporte.

A. WELLESLEY.»

A lord Castlereagh.

TALAVERA, 4.º de agosto de 1809.

«Nuestra situacion es bastante apurada, mas sin embargo, espero salir de ella sin dar otra batalla encarnizada, lo cual seria en la realidad un golpe para nosotros que haria fuesen perdidos todos nuestros esfuerzos. De seguro saldria mejor si hubiera medio de manejar al general Cuesta, pero es de un carácter tan malo, se halla animado de tales disposiciones que es asunto imposible.

«Estamos miserablemente surtidos de provisiones, y no sé como remediar este mal, pues los ejércitos españoles son en la actualidad tan numerosos que devoran todo el pais, no tienen almacenes, tampoco los tenemos nosotros ni podemos formarlos, y todo se saca aqui á la fuerza.

«Creo que la batalla del 28 será muy útil á los españoles; pero no los juzgo todavía bastante disciplinados para luchar con los franceses, y prefiero infinitamente tratar de alejar al enemigo de esta parte de España por medio de maniobras, á aventurar otra batalla campal.

«En la última nos acometieron los franceses con todas sus fuerzas, y aunque nada consiguieron ni lo conseguirán tampoco en lo sucesivo, hemos tenido, sin embargo, una pérdida de gente que nos cuesta trabajo soportar. No me es dado procurar substraernos al peso del ataque poniendo delante las tropas españolas, á causa del miserable estado de disciplina y de la falta de oficiales con las cualidades necesarias. Esas tropas son enteramente incapaces de ejecutar una maniobra, aun la mas sencilla, y se enmarañarian completamente, siendo el resultado probable perderse todo.

A. WELLESLEY.»

Al honorable J. H. Frere.

PUENTE DEL ARZOBISPO, 4 de agosto de 1809.

«Desde mi carta de ayer las cosas han cambiado de mal en peor.

«Despues que os escribí supe que el enemigo habia llegado á Naval Moral, que de consiguiente era dueño de Almaráz, y que el puente de esta plaza habia sido destruido por el marqués de la Reina, que se retiró allí de Baños.

«Poco despues recibí una carta del general O'Donaju en que me noticiaba que el cuerpo fran-

cés que había entrado por Baños consistía en treinta mil hombres, y se componía de todas las tropas que habían estado en el Norte de España. Me decía además que temiendo el general Cuesta no fuera yo bastante fuerte para contrarestarlos, y teniendo, por otra parte, en vista de cartas interceptadas y partes de sir Roberto Wilson desde las cercanías de Escalona, motivo para recelar se propusiera el enemigo estrecharme por la espalda mientras tuviese que batirme por delante, con lo cual nos cortaría, se determinó á abandonar á Talavera ayer tarde.

«Todo cuanto constituía mi seguridad se me quitaba, pues, dejando detrás cerca de mil quinientos heridos de los míos, tuve que pensar seriamente en lo que debía encargarse al general que hiciese. No podíamos volver á ganar terreno hácia el puente de Almaráz sin dar una batalla, y según todas las probabilidades, hubiéramos tenido que dar otra contra cincuenta mil hombres antes que hubiese podido restablecerse el puente, suponiendo que hubiésemos salido bien de la primera. Tampoco podíamos permanecer en Oropesa, donde nos hallábamos, pues la posición no valía de suyo, y era susceptible de ser cortada por Calera de esta plaza, su único punto de retirada.

«Preferí y recomendé esta retirada, en primer lugar, considerando las pérdidas que nosotros los ingleses hubiéramos experimentado en esas acciones sucesivas, sin probabilidades de poder cuidar de nuestros heridos; y en segundo, porque si era verdad habían ido á juntarse treinta mil hombres con las fuerzas que los franceses tenían en aquella parte, nos era absolutamente imposible tomar la

ofensiva. Para ello era preciso hacer una diversion hácia Madrid en favor de los ejércitos que se hallaban en estos cuarteles, por medio de algun otro cuerpo, para obligar á los franceses á que destacarán parte de sus fuerzas hácia aquel punto.

«Además, para que estas operaciones y batallas tuviesen buen éxito, era necesario se ejecutasen con celeridad las largas marchas que había que hacer; y siento profundamente tener que decir, que lo que es ahora las tropas no pueden absolutamente, por falta de alimento, llenar estas necesidades, siendo más que probable hubiera yo tenido á Víctor á mi espalda antes que hubiese concluido mi primera refriega con Soult.

«Como suele, el general Cuesta quería dar grandes batallas. Ahora que todas las tropas se han retirado de Castilla, La Romana y el duque del Parque van á recibir orden de hacer algunos alardes de fuerza hácia Madrid. Sé que además de los cincuenta mil hombres, hay otro cuerpo de doce mil que se ocupa en observar á Venegas.

A. WELLESLEY.»

Al mariscal Beresford,

MESA DE HOR, 6 de agosto de 1809.

«Consideraciones pesadas con madurez después que os escribí, me hicieron conocer debíamos renunciar á ejecutar el plan de que os hablé, y que era preciso ponernos á la defensiva, si Soult y Ney habían pasado por el Puerto de Baños. Fácilmente creereis lo que siento haber perdido el fruto de

nuestra victoria, de todas nuestras fatigas y de nuestras pérdidas; pero, sin embargo, no vacilé, y no me arrepiento de ello, en pasar el Tajo por el puente del Arzobispo.

«Ahora me propongo tomar la posición de Almaráz, dar á mis tropas un poco de descanso y de alimento, y ver lo que hace el enemigo. Opino que invadirá á Portugal, y hareis muy bien en poner os en situación de defender los puntos de paso.

«Sé con pena que vuestras tropas desertan ¿No hay ningun remedio para este mal?

A. WELLESLEY »

A. S. E. el marqués de Wellesley.

«DELEITOSA, 8 de agosto de 1809.

«Mr. Frere habrá instruido á V. E. de la situación general de los negocios en España.

«Llamo particularmente vuestra atención sobre dos puntos:

1.º La necesidad de tomar todas las medidas oportunas para asegurar á los dos ejércitos todos los medios de transporte que han menester y provisiones.

2.º La necesidad de dar inmediatamente el uniforme nacional á las tropas españolas, con cuya medida se hará que cese una práctica, sienta decirlo, que es general ahora, á saber; que esas tropas tiran las armas y el equipo, y se ponen en salvo sosteniendo que no son sino paisanos.

«A la ventaja de librar al Estado de la pérdida de grandes cantidades de armas, esta medida reuniria la de proporcionar al general el medio de

castigar á las tropas que se porten mal delante del enemigo, del modo mas á propósito para causar impresion en los españoles, es decir, degradándolos. Cuando cierto número de paisanos se reune con armas y equipo como tales paisanos, es difícil designar los cuerpos ó los individuos que se han portado mal por medio de una marca que los distinga, presentándolos á todos sus camaradas como objeto de execración; y sin embargo, es indudable que un castigo de esta especie haria diez veces mas efecto en el ejército español que el que últimamente se ejecutó de resultas de la mala conducta de algunos cuerpos en la batalla de Talavera, castigo que consistió en diezmar á los soldados de los cuerpos que tomaron la fuga, y en quitar la vida á la tercera ó cuarta parte de oficiales.

«Efectivamente ahora á la primera apariencia de peligro, cuerpos enteros, lo mismo oficiales que soldados, huyen, y no pongo en duda que si fuese posible saber la verdad, el ejército de Cuesta, que al atravesar el Tajo ascendia á treinta y ocho mil hombres, no se compone hoy sino de treinta mil, aunque solo ha perdido quinientos en sus refriegas con el enemigo.

A. WELLESLEY.»

A. L. Castlereagh.

MÉRIDA, 25 de agosto de 1809.

«Vengamos ahora á la clase de tropas. Tengo el sentimiento de decir que nuestros aliados de-

frandan nuestras esperanzas mucho mas todavía que por su número y los elementos de que se componen.

«Creo que la caballería española casi no tiene disciplina. En lo general está bien vestida, bien armada, bien equipada y montada muy bien; los caballos son de bonísima condición, á lo menos los del ejército de Eguía que yo he visto. Empero no he oído que en ninguna circunstancia se hayan portado esas tropas de caballería como deben hacerlo los soldados al frente del enemigo. No tienen el menor escrúpulo en huir, y despues de una acción se los encuentra en todas las aldeas y en cualquier hondonada donde haya sombra á cincuenta leguas en contorno del campo de batalla.

«La artillería española, segun lo que yo he visto, es enteramente intachable, y la portuguesa excelente.

«En cuanto al gran cuerpo de todos los ejércitos, la infantería, quiero decir, es deplorable el estado de la de los españoles, y se halla muy lejos de poder luchar con la de los franceses. Creo que está bien armada, pero mal equipada, no teniendo medio de preservar sus municiones de la lluvia: algunas veces carece absolutamente de vestuario y otras está vestida de modo que parecen paisanos, lo cual debe evitarse antes que nada. Su disciplina creo que se limita á saber formarse en tres filas en un órden muy apretado, y al ejercicio manual.

«Es imposible contar con estas tropas para ninguna operación; dícese que algunas veces se portan bien; pero yo confieso que nunca las he visto portarse sino mal. El cuerpo de Bassecourt,

que se reputaba como el mejor del ejército de Cuesta, y que se batía hácia nuestra izquierda en los montes en la batalla de Talavera, se vió en aprieto durante toda la jornada por un batallón francés, y despues se escapó del Puente del Arzobispo, abandonando sus cañones, dejándose atrás gente, y arrojando por el camino armas, equipo y vestuario, segun costumbre de los españoles.

«Lo mas singular de la acción del Arzobispo, (donde escribe Soult que los franceses cogieron treinta piezas de artillería), es que los españoles tomaron la fuga con tal precipitación que se dejaron los cañones cargados y sin clavar, y los franceses, aunque habian lanzado á los españoles del puente, no se creyeron bastante fuertes para perseguirlos. El coronel Waters, á quien envió en clase de parlamentario el 10, con motivo de nuestros heridos, encontró los cañones en el camino, abandonados por los unos, sin que los otros se hubiesen apoderado de ellos, y probablemente sin que se hubieran enterado de que estaban allí.

«Esa práctica de huir tirando armas, equipo y vestuario es fatal en todo, escepto en que permite volver á reunir á los mismos soldados desnudos para que hagan la misma maniobra á la primera ocasión que se les presente.

«Cerca de dos mil hombres huyeron la tarde del 27 de la batalla de Talavera (no distaban cien toesas del sitio en que yo me hallaba) sin que se les atacara ni amenazara siquiera, asustándose únicamente del ruido de sus propios disparos. Dejaron en el campo armas y equipo, los oficiales se fueron tambien, y tanto ellos como la caballería

fugitiva, saquearon los bagages del ejército inglés que habíamos enviado á retaguardia. Otros muchos huyeron que yo no ví.

«No puede haber cosa peor que los oficiales del ejército español, siendo raro que cuando una nación se ha consagrado á la guerra como lo ha hecho esta, segun lo acreditan todas las medidas adoptadas en el curso de estos dos últimos años, hayan progresado tan poco sus individuos en cualquiera ramo de la carrera militar, y que se comprenda tan mal todo lo concerniente á un ejército. Verdaderamente son niños los españoles en el arte de la guerra, y puedo decir que nada hacen como se debe, escepto huir y volverse á reunir en estado de desnudez.

«Creo sinceramente que esta insuficiencia en el número, composición, disciplina y capacidad de las tropas, debe atribuirse en gran parte al gobierno que existe en España. Se ha procurado gobernar el reino en un estado de revolución, apegados á las reglas antiguas, á los caducos sistemas, y con ayuda de lo que llaman entusiasmo; pero el hecho es que este entusiasmo no ayuda á realizar nada, y sirve únicamente para disculpar la irregularidad con que todo se hace y la falta de disciplina y subordinación en los ejércitos.

«Ya sé que generalmente se cree que el entusiasmo hizo que los franceses salieran triunfantes de su revolución, y que él produjo los grandes hechos que casi les han proporcionado la conquista del mundo; pero si se examinan las cosas de mas cerca, se ve que el entusiasmo solo fué el nombre, y la fuerza el verdadero instrumento que supo crear esos grandes recursos bajo el imperio

del terror, siendo el que primero contuvo á los aliados; y el constante sistema de apropiarse cada individuo y cada cosa al servicio del ejército por medio de la fuerza, ha labrado despues la conquista de Europa.

«Despues de lo que queda espuesto podreis juzgar vos mismo si querriais emplear un ejército, y de qué fuerza seria el ejército que emplearais, en sosten de la causa en España.

«Circunstancias que sabeis me han obligado á separarme del ejército español, y solo puedo decir que no me siento inclinado á principiar á operar con ellos bajo mi propia responsabilidad; que antes de hacerlo sera preciso se me trace el camino muy á las claras; y que no os encargo otra cosa sino que nada tengais de mancomun con ellos en su estado actual.

«Antes de abandonar esta parte de mi asunto, os será grato, sin duda, saber que no pienso hubiesen marchado aqui mejor las cosas, si hubierais enviado á España vuestra gran expedición, en vez de enviarla contra el Escalda, porque no hubieseis podido equiparla en Galicia ni en ninguna otra parte del Norte de España.

«Si hubiéramos tenido sesenta mil hombres en lugar de veinte mil, no hubiésemos, segun todas las probabilidades, dado la batalla de Talavera, por falta de medios y provisiones; y de no dar la batalla de Talavera, no hubiéramos ido mas lejos, pues infaliblemente se hubieran separado los dos ejércitos de resultas de la carencia de recursos, probablemente sin pelear, pero en todo caso de seguro despues.

«Ademas, debeis observar que vuestros cua-

renta mil hombres, suponiéndolos equipados, armados y provistos de todos los medios de subsistencia, no hubieran compensado lo que falta en número, composición y brio en los ejércitos españoles; y admitiendo que hubiesen sido capaces de arrojar á los franceses de Madrid, no hubieran podido espulsarlos de la Península, aun en el estado actual de las fuerzas francesas.

«Ahora, suponiendo que el ejército portugués consiga corresponder á su objeto, ¿qué se podrá hacer con él y Portugal, si los franceses se hicieran dueños del resto de la Península? Opino que podríamos conservar á Portugal, estando completos el ejército portugués y la milicia.

«La dificultad sobre esta única cuestion gira en el embarque del ejército inglés, porque hay tantas entradas en Portugal, á causa de ser el país todo fronteras, que seria muy difícil impedir penetrara el enemigo en él, y es probable nos veríamos obligados á ceñirnos á preservar lo mas importante, la capital.

«Es difícil, ya que no imposible, llevar la lucha, respecto á la capital, á los extremos, y en seguida embarcar el ejército inglés, lo cual comprenderéis dirigiendo una ojeada al mapa. Lisboa se halla á tal altura sobre el nivel del Tajo que por mucho ejército que reuniésemos, nunca seria capaz de asegurar á un mismo tiempo la navegacion del rio, ocupando las dos orillas y posesionándose de la capital. Temo seria preciso renunciar á uno de estos dos objetos, y en este caso la navegacion del Tajo seria á lo que mas bien renunciásemos los portugueses, y naturalmente á nuestros medios de

embarque. Sin embargo, todavía no he profundizado bastante este interesantísimo asunto.

«Pienso al mismo tiempo que el gobierno debería cuidar de volver á enviar cuando menos los trasportes cubiertos así que no los necesite la gran expedicion, y se reciba noticias positivas de que Napoleon refuerza sus ejércitos en España, pues debeis contar con que tanto él como sus mariscales estarán deseosos de vengarse en nosotros de los diferentes golpes que les hemos dado, y que de venir á la Península, su primero, su gran objeto será espulsar de ella á los ingleses.

«En la primera parte de mi carta habreis visto mi opinion tocante á la necesidad que hay de inducir á los españoles á que den el mando de sus ejércitos al general en jefe inglés.

«Si se me hiciese semejante oferta, declinaría el aceptarla hasta no saber la voluntad de S. M.; y os encargo en gran manera, á no ser que queráis correr el riesgo de perder vuestro ejército, que absolutamente nada hagais con la guerra de España, sobre cualquier base que sea, en el estado actual de las cosas.

«En cuanto á Cádiz, el hecho es que los celos de todos los españoles, aun de los que mas adictos nos son, se hallan tan arraigados que, aun cuando el gobierno nos cediese ese punto (y no me causaría sorpresa nos lo cediera por las dificultades que hoy le rodean), para decidirme á permanecer en España, nunca creeria estuviésemos segura en dicha plaza ninguna guarnicion.

«Si quereis tomar á Cádiz, es preciso dejar á Portugal y encargarnos de España; es preciso ocupar la plaza con una guarnicion de quince á veinte

mil hombres y enviar de Inglaterra un ejército que entre en campaña con los españoles, convirtiéndose Cádiz en asilo vuestro en vez de Lisboa.

«Con Cádiz, es menester insistir en lo concerniente al mando de los ejércitos de España; pero por los hechos que he espuesto al principio de mi carta, vereis cuán poco debemos prometernos concluir la lucha según deseamos todos.

A. WELLESLEY.»

CARTAS DE NAPOLEON

RELATIVAS Á LA ESPEDICION DE WALCHEREN.

Reproducimos aquí, según habíamos anunciado, algunas cartas de Napoleón sobre la expedición de Walcheren, cartas que dan á conocer bien lo que pasó en su espíritu en aquella ocasión, la desconfianza que empezaba á concebir de los hombres y lo profundo de su prevision, aunque en algunos puntos accesorios los acontecimientos defraudasen sus cálculos. Así, pues, creía no podía ser tomado Flisinga, y lo fué por otro motivo que la cobardía del general Monnet; por la masa de artillería que la marina inglesa reunió en un solo punto. Empero, escepto en uno ó dos detalles, sobre todo lo demás es notable la prodigiosa prevision con que Napoleón juzgó los resultados y el fin que tendría la expedición británica así como la clase de obstáculos que era preciso oponerle.

No debe pararse el lector en los números, inexactos casi todos en estas cartas. Napoleón estaba lejos del teatro de los acontecimientos, é ignoraba

las fuerzas del enemigo, y hasta las que los franceses podían reunir: además al hablar á sus lugartenientes tenía la costumbre de exagerar sus recursos y disminuir los que tenían que combatir, lo cual era el modo de imponerle mayores esfuerzos. A menudo también se complacía en forjarse ilusiones, inclinándose á ello cada vez más á medida que sus medios iban siendo más desproporcionados á la tarea exorbitante que había emprendido.

Preciso es, pues, leer estas cartas, no por la exactitud en los pormenores sino por el espíritu con que se escribieron, espíritu que las convierte en monumentos del más alto precio. Por lo demás, el número de las escritas solamente acerca de la expedición de Walcheren es tres ó cuatro veces más considerable; pero hay en ellas respecto á individuos, y algunas veces hasta á los mismos hermanos de Napoleón, cosas tan fuertes que hemos creído no se deben reproducir. Hoy puede decirse toda la verdad histórica; pero suele haber en los documentos una crudeza que haría su reproducción intempestiva y prematura. La historia escrita con sinceridad y honradez no necesita el lenguaje de las pasiones, y por eso puede hablar antes que los documentos en que se apoya.

Al ministro de la Guerra.

[SCÖENBRUNN, 6 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 31 en que me participais han aparecido por la parte de Walcheren doscientas velas de todos tamaños. La isla de Walcheren debe tener entre tropas francesas y ho-

landesas seis mil hombres. Enviad á ella oficiales jóvenes de artillería é ingenieros, hombres celosos y adictos. Supongo que los almacenes de Flesinga estarán provistos, y que os entenderéis por cifra con el general Monnet, á quien he dado orden, que le reiterareis, de que corte los diques si es necesario.

Supongo que el general Chambarlhac se habrá dirigido hácia la isla de Cadzand con el cuerpo que está en Louvain, la semibrigada provincial que se halla en Gante, y todo cuanto haya podido sacar de las divisiones militares 16.^o y 24.^o, y que le habrá seguido el general Rampon con su cuerpo de guardias nacionales, lo cual formará allí nueve ó diez mil hombres; que habrá hecho montar doce piezas de artillería en Gante, en Donay y en Saint-Omer para que no falte artillería de campaña; que habrá hecho ir de Maëstricht lo que había allí, y que el general Sainte Suzanne habrá formado una columna con artillería, para poder encaminarse á cualquier parte.

«Enviad á Amberes oficiales de artillería é ingenieros y un comandante de graduacion. La marina tiene en Amberes mil doscientos á mil quinientos hombres que pueden servir. Puede formarse también algunos batallones de guardia nacional para que cuiden de mantener el orden en la ciudad y concurren á la defensa.

«Si ese desembarque se ha efectuado, habreis puesto en estado de sitio á Amberes, Ostende y Lila, habreis llamado la atencion al rey de Holanda sobre las plazas de Breda y de Berg-op-Zoom, y si hay motivo para ello, habreis mandado armar la primera línea de mis plazas fuertes de Flandes.

«Podeis reunir algunos destacamentos de caballería y formar con ellos unos cuantos escuadrones provisionales.

«No habreis dejado de enviar á decir al mariscal Monecy lleve su cuartel general á Lila, encargándole saque cuantos gendarmes pueda para reunir algunos miles de soldados de esa buena caballería.

«Habreis retenido los destacamentos que estaban en marcha, aun los destinados para el ejército, tales como los tres mil hombres que venian de la 12.^a division militar, y los habreis dirigido bien á París, bien á los puntos en que puedan ser útiles.

«En fin, si hay tiempo, pedid se reunan los ministros en consejo en casa del archicanciller para disponer se saquen treinta mil hombres de la guardia nacional en las divisiones militares 1.^a, 2.^a, 14.^a, 15.^a y 16.^a, y algunos batallones en las 24.^a y 25.^a, y para que cada ministro estienda las circulares convenientes escitando á la nacion, sobre todo á los departamentos donde es necesario llamar á las armas guardias nacionales.

«Con las ventajas que hemos adquirido aqui, supongo que los franceses no se dejarán insultar por quince ó veinte mil ingleses. No veo lo que estos puedan hacer. No tomarán á Flesinga, puesto que se pueden cortar los diques; no se apoderarán de la escuadra, puesto que puede subir hasta Amberes, y tanto esta plaza como su puerto están libres de cualquier ataque. Me figuro que el ministro Dejean se habrá apresurado á surtir sus almacenes. Si el desembarque fuese cosa seria, tomad medidas para que haya en el Norte el mayor

número posible de cañones, cuyos tiros saldrán bien de la requisita, bien de otro modo. Os autorizo también, en caso de urgencia, á retener parte de las diez compañías de artillería que me enviáis.

«Dad orden al duque de Valmy que se traslade á Wesel, donde estará mejor situado para asegurar esta plaza importante.

NAPOLEON.»

Al archicanciller.

SCHOENBRUNN, 8 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta del 2. Ya habreis recibido vos mi decreto llamando á las armas treinta mil guardias nacionales. Me disgusta que en el consejo celebrado el dia 1.º no cargárais con la responsabilidad de convocar la guardia nacional, pues es desconfiar de ella sin motivo, no hacerlo. Supongo que así que recibisteis mi decreto, os ocupárais en formar con esos treinta mil guardias nacionales cuatro ó cinco divisiones, y designar en el Senado generales que los manden, y que habreis dirigido al mismo Senado una comunicacion que servirá de publicacion. El Senado contestará con un mensaje en que me dirigirá la palabra y que será una especie de proclama. Esto se suprimirá en seguida, y los ministros darán el impulso por su parte.

«Es preciso tener sin demora ochenta mil hombres en primera y segunda línea y mover la nacion, en primer lugar para quitarles la gana á los ingleses de emprender esas expediciones y hacerles ver que la Francia está siempre dispuesta á to-

mar las armas; en segundo para recobrar la isla de Walcheren si los ingleses se apoderasen de ella, y, por último, para favorecer las negociaciones aquí entabladas; pues de seguro les perjudicará el que se me crea apurado con el desembarque de los ingleses. Así, pues, deben adoptarse todos los medios que puedan influir en la opinion, designándose los guardias nacionales de cada departamento, é invitándose á los soldados licenciados que quieran servir en esta campaña para arrojar á los ingleses, á que se reunan en Lila con el objeto de formar una legion.

NAPOLEON.»

Al ministro de Policía.

SCHOENBRUNN, 8 de agosto de 1809.

«He recibido vuestra carta de 2 del corriente, y me ha disgustado que en el consejo de ministros celebrado el dia 1.º no se haya resuelto enviar un mensaje al Senado, llamar á las armas treinta ó cuarenta mil nacionales, poner en movimiento á la nacion. Era necesario esto bajo el punto de vista militar y también bajo el punto de vista político; pues si se me cree apurado con ese desembarque, las negociaciones caminarán con mas dificultad. Es, pues, preciso apelar á la nacion.

«Segun parece, no admite duda que los ingleses atentan á la isla de Walcheren y á mi escuadra; pero esta no tiene que temer nada si regresa á Amberes, y Flesinga no corre ningun riesgo de ser tomada, puesto que cortando los diques se